

A3612

95

038

1883

PÍNDARO

Ἀείδων ἐνόμειε

Cantando apacentaba su rebaño.

Mosco, Ith. III.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

CARTA-PRÓLOGO

A

D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Querido amigo:

Al fin remito á V. la versión de Píndaro, con tanto ahinco solicitada y hace mucho tiempo ofrecida; pero no va manuscrita, como V. la espera, sino impresa con bellos tipos en la capital de la que fué Nueva-España. A pesar de las ventajosas proposiciones de los editores de Madrid, prevaleció en mi ánimo un sentimiento de patriótica vanidad, y quise que la primera traducción métrica española del Príncipe de los líricos saliese á luz en la misma México que vió nacer al traductor. Buena ó mala, llena un vacío en la literatura castellana, que intentaron en

002599

vano colmar Berguizas y Canga Argüelles, habiéndose limitado á trasladar á nuestro idioma las catorce Olímpicas. He tenido, además, la ventaja de poder atender yo mismo á la impresión, habiendo venido de mi diócesi á esta capital á asuntos eclesiásticos, que no me han impedido dedicar algunas horas á la revisión de los trabajos tipográficos.

No por esto retiro á nuestros amigos mi consentimiento para hacer en España una nueva edición; ni mucho menos relevo á V. del compromiso de escribir un prólogo que sirva de amparo á mis versos en su vuelo por el antiguo Continente. Ninguno más que V. tiene el derecho, y el correlativo deber, de ser mi introductor; pues á V. debe Píndaro el traje español que acabo de ponerle. Es cierto que, hace veintitres años, cuando yo era aún colegial y V. estaba casi en la cuna, me vino la primera idea de traducir al gran Lírico, y puse, en efecto, en castellano algunos versos de la Nemea III. Es cierto también, que al dar á luz los Bucólicos, dos colegas de la Academia Mexicana me excitaron á llevar á cabo mi antiguo propósito, el uno diciéndome con Virgilio: *Paulo majora canamus*; el otro regalándome un ejemplar de las Olímpicas en griego, y exigiéndome su devolución en castellano. Fué V., empero, quien dió el impulso final, con su lisonjera

carta de setiembre de 1878. Entonces traduje las Olímpicas XI y XII, y no volví á poner mano á la obra hasta que nos vimos en Madrid en marzo de 1880. Entonces recordará V. que vertí, á toda prisa, la Pítica XII, las Nemeas IV y VIII, y la Ístmica III. El juicio favorable que me dieron usted y nuestros amigos Fernández-Guerra, Tamayo, Necedal, Collado, Valera, etc., cuando las leí en la tertulia literaria de la calle de Valverde, me animaron en la empresa; y durante la travesía del Océano, en mayo del mismo año, quedaron terminadas la Pítica VII y la Ístmica VI, y empezada la Istmica IV.

Píndaro, como V. bien sabe, es un autor tan profundo, tan oscuro á veces y tan difícil de interpretar, que para entenderlo y hacerlo entender al público profano se necesita consagrarse á su estudio con toda el alma y con todas las fuerzas. Teócrito, Mosco, Bión, Anacreonte, se traducen jugando, y su fácil lectura distrae y hace olvidar penas al amante de las letras. Con Píndaro es menester hacer á un lado, ante todo, amargos recuerdos y extrañas ocupaciones, transportarse por completo al mundo ideal, y absorberse todo entero, sin divagar en lo más mínimo, en su lectura é interpretación. Usted que conoce cuán importantes y laboriosos son los deberes de mi augusto ministerio, comprenderá

también cuán difícil ha sido para mí semejante tarea, y á cuántas interrupciones habrá estado sujeta.

En efecto, sólo el 30 de julio de 1880 terminé la Nemea III, empezada hacía cuatro lustros. El 11 del mismo había acabado la Nemea V, y el 12 la II; en todo el mes de agosto sólo pude consagrar algunos instantes á la versión de la VI, y en setiembre traduje el resto de las Nemeas, que terminé el 10 de octubre. No pude reasumir mi trabajo hasta el año siguiente, en que del 7 al 13 de enero vertí las seis Ístmicas que me faltaban.

Del 20 de febrero al 14 de marzo del mismo año de 1881 trasladé á nuestra lengua todas las Píticas, excepto las cinco primeras. Entonces, como escribí á V. en esa época, al emprender la traducción de la difícil y larguísima Pítica IV, *el carro de mi musa quedó atollado en el fango*, y me ví obligado á imitar á algunos caminantes y arrieros cuando les sorprende la estación de las lluvias en estas regiones tropicales; lo abandoné, hasta que, cesando los aguaceros, quedase el camino expedito.

Durmió Píndaro en mi biblioteca el resto de marzo, todo abril, mayo, junio y los primeros veinticuatro días del caliente julio. El 6 de agosto, de las Píticas sólo faltaba la famosa IV, y el 7 puse mis manos, tem-

blando y casi avergonzado, en la Olímpica XIV, que V. tradujo, y que yo sólo interpreté por no dejar incompleta mi versión.

Favorable en extremo me fué el mes de setiembre: veinte días me bastaron para poner en castellano las once Olímpicas que me faltaban. Volví entonces á la Pítica IV, de que sólo cien versos llevaba traducidos, y el 24 del mismo dí cima á la entera versión.

Con tantas interrupciones, mi trabajo tiene que ser muy desigual; y si á las fechas que acabo de consignar hubiera añadido los nombres de los diversos lugares en que (durante la visita pastoral las más veces), consagré á las letras mis noches insomnes y mis siestas solitarias, más me compadecerían V. y el lector.

Ya que, invirtiendo el orden debido, empecé por hablar de la traducción y del traductor, agotaré el asunto antes de disertar sobre el autor y el original. Mi versión es de poeta y no de gramático. He tenido constantemente á la vista varias ediciones; pero al compararlas, he adoptado el texto que más bello me ha parecido, aunque fuese el menos genuino. En los muchos pasajes que, como observa á menudo Heyne, *necesitan un adivino más bien que un traductor*, he hecho las *adivinanzas* que más poéticas he juzgado. Creo que ningún erudito me echará en cara esta libertad. Casi no hay dos versiones igua-

les de esos pasajes tan difíciles de entender; y los comentadores más autorizados cambiaban á cada paso de modo de ver, y corregían en una edición lo que en la anterior habían escrito. ¿Qué ha de hacer el poeta en semejantes circunstancias, sino inclinarse á lo más bello?

Hay en mi libro gran variedad de metros. Sabe V. cuánto desconfío de mi destreza en manejar el verso suelto. Con todo, en obsequio de V. especialmente, á quien tanto fastidia la rima, la hice á un lado en tres odas; y en la Olímpica VIII y en la Pítica III procuré con todo empeño ajustarme á la letra y trasladar fielmente los epítetos, frases y giros griegos. Bastante me he servido de tercetos, y no sé hasta qué punto habré tenido razón: en la Olímpica I adopté esta combinación sólo por no seguir á Fr. Luis de León (que empleó la canción Petrarquesca en esa oda, la única que tradujo), á Berguizas ó á Canga Argüelles, que hicieron uso de la silva.

Empecé en octavas la Pítica IV, verdadero canto épico, imitando en ello al italiano Borghi. Présto me cansé de su prolongado retintín, y juzgando que el lector se cansaría lo mismo que yo, introduje, á estilo de las leyendas románticas, diversos metros. ¿Qué le parece á V. esta trasgresión de los preceptos clásicos? En una versión, por ejemplo,

de los Argonautas de Apolonio Rodio ó de la Odisea de Homero, ¿podría seguirse el mismo método?

Largas disertaciones han hecho los comentadores de Píndaro, y en especial Augusto Boeck, que tengo á la vista, sobre los metros de nuestro Poeta. Mucho nos hablan de los ritmos *Jónico, Dórico, Frigio, Lidio, Mixolidio, Eólico*, etc., etc. Detiéndense á encomiar la gravedad, templanza, igualdad y severidad varonil del ritmo Dórico; y en el Lidio encarecen, la dulzura, suavidad y armoniosa ternura. Confieso á V. que quise al principio imitar los metros del original, y según la diversa clasificación de las odas en Dóricas, Eólicas, Lidias, etc., así servirme de versos mayores ó cortos, de estancias largas ó breves. Algo lo conseguí, sobre todo en las piezas en que prevalece el suavísimo ritmo Lidio, y que aparecen en mi traducción en versos anacreónticos, unas veces asonantados, otras veces en estrofitas con sabor de endechas. Pero no es practicable en lo general este método, ni lo aconsejo á los futuros traductores.

Debo igualmente disuadirlos de la división griega en estrofas, antiestrofas y epodos, sobre todo si los últimos han de contener diverso número de versos que las primeras. Yo hice un ligero ensayo en la Olímpica XI, pero el éxito infeliz que el famoso D. Fran-

cisco de Quevedo Villegas tuvo en una tentativa análoga, me dejó escarmentado para siempre. Además, no se obtiene la ventaja de traducir estrofa por estrofa, y hacer que cada antiestrofa y epodo de la versión correspondan á los del original. En griego se puede terminar una estrofa sin que se complete el período, pero no así en castellano. En la traducción del Idilio II de Teócrito lo intenté una sola vez, y no estoy del todo satisfecho. En la espléndida oda á Diágoras de Rodas traduje estancia por estancia; pero no pude ceñirme al original hasta el extremo de dejar el sentido incompleto, y tuve que sacar de su lugar varios versos que en las estrofas castellanas habrían parecido remiendos heterogéneos. Me permito hacer estas observaciones, hijas de mi propia reciente experiencia, no sólo á los futuros intérpretes de Píndaro, sino también á V. y nuestro Valera, esperando no les sean del todo inútiles en la versión de los coros de Esquilo y de Sófocles, cuya traducción aguardan con ansia las letras castellanas.

No sabré decir á V. precisamente qué texto he seguido. La edición que más me ha acompañado es la de Londres de 1814; pero he tenido también á la vista otras dos de Londres, dos de Leipzig, una de Padua y otra de Glasgow. Me han servido mucho las versiones latinas en prosa de Heyne y de

Boeck, la paráfrasis Benedictina, las traducciones inglesas de Turner, Moore y West, y la italiana de Borghi. He consultado algunas otras en diversos idiomas, que han caído á mis manos, y si más hubiera logrado reunir, más habría estudiado. Si al traducir á los Bucólicos me bastó muchas veces la pequeña edición de Boissonade, para interpretar á Píndaro me habrían parecido pocas cuantas se han dado á la estampa, y cuantos manuscritos encierran las bibliotecas europeas.

He sido muy parco en las notas. Salva una que otra excepción, he evitado repeticiones, que las habrían hecho interminables. ¿A qué repetir, por ejemplo, la historia de Perseo cada vez que se hace alusión á sus aventuras? Tampoco he creído necesario asentar hechos ó fábulas bien conocidas, y que en todo caso se encuentran fácilmente en cualquier manual ó diccionario mitológico. He omitido, por tanto, enumerar los trabajos de Hércules, dar los nombres de las Musas, clasificar á las ninfas, y otras cosas semejantes.

Apartándome de la opinión y práctica de usted y de muchos alemanes é ingleses, he dado á las divinidades griegas los correspondientes nombres latinos. A mi modo de ver, poco importa que el Zeus, la Hera, el Cronos ó el Hermes helénicos, no sean exactamente los mismos que el Júpiter, la Juno, el Saturno ó el Mercurio romanos. Estamos acos-

tumbrados á confundirlos; la generalidad de los lectores conoce á los últimos é ignora á los primeros, y el adoptar el método que repruebo traería confusión y disminuiría la belleza de la poesía. Además, ¿no tenemos el ejemplo de Virgilio mismo, de Ovidio y de los poetas antiguos? ¿No llaman Venus á la madre de Eneas, que en Homero es Afrodite, Minerva á la deidad tutelar de Atenas, Vulcano al Hefestio que fabricó las armas de Aquiles, Marte al mismo dios Ares que dirigía los combates frente á Troya? No obstante, en uno que otro caso llamo Atena á Minerva, Artemis á la cazadora Diana, Hermes al mensajero de los Dioses; y viceversa, doy á las Musas el nombre poco usual y exclusivamente itálico de Camenas. También me tomo, no raramente, la libertad de alterar algún tanto las terminaciones de los nombres propios, cuando así conviene á la armonía ó al ritmo.

He dejado los títulos de las odas, tales como se encuentran en el original; pero tuve tentaciones de suprimir el género de certamen en que eran vencedores los héroes que celebra el poeta. Se me antoja que una de las razones porque Píndaro se lee tan poco, es la idea que tales títulos sugieren al vulgo, de que sólo canta su musa golpes y heridas, hazañas de carreteros ordinarios y de púgiles de baja ralea.

estilo, compensan ampliamente la pérdida de las otras clases de poesía lírica.»

Y con justicia. ¿Qué pensamientos tan sublimes, qué máximas tan puras, qué ideas tan profundas adornan las poesías del gran Lírico! Parece á veces que estamos leyendo los Libros Santos. Pasajes hay dignos de Moisés, y otros que se podrían intercalar en el libro de Job, sin que se notase la diferencia. Vemos repetida la historia de José, casi al pie de la letra, en varios cantos, aunque aplicada á héroes mitológicos; y las frecuentes invectivas contra la envidia, la calumnia, la adulación, la mentira, parecen calcadas en los escritos inspirados de Salomón.

Y, sin embargo, nada menos que eso. Siempre fué verdad lo que él cantaba con tristeza en la Nemea VIII, y entonces

Cual hoy, se conocía  
La blanda adulación, la artera maña;  
El chisme, la falsía,  
Y la calumnia vil, que el brillo empaña  
Del mérito sublime.

Estas bajas pasiones acibararon la vida del gran Lírico, y disminuyeron la alegría de sus triunfos. Con todo, no atribuyo á la envidia, ni menos á la ignorancia de los jueces, el que Píndaro haya sido vencido por Corina cinco veces en certámenes poéticos. Prescindiendo de su juventud, pues apenas había

nacido en Tebas el año 520 antes de J. C. y la poetisa era mucho mayor que el vate imberbe, era natural que los encantos y la maestría en recitar de la agraciada contendiente, hiciesen resaltar sus versos mucho más que los del inexperto mancebo. En las academias de Italia, en que es tan común ver á poetisas tomar parte en justas literarias, ¡desdichado el varón á quien toca pronunciar sus lucubraciones después de alguna hermosa versificadora! He visto á eminentes poetas deslucirse en semejantes circunstancias; y los espectadores más doctos poco atendían á sus palabras, embriagados con el recuerdo de la dulce voz que acababa de resonar en sus oídos. Algo parecido debe haber pasado con la encantadora Corina; si bien, por otra parte, el mismo Píndaro nos demuestra que la galantería no era virtud favorita entre sus contemporáneos. De otra suerte, ¿cómo habrían tolerado que llamara á su afortunada competidora, aunque el nombre del inundo animal no tuviera el feo significado que hoy se le atribuye, especialmente en Italia?

¿Tuvo Píndaro por padre á Daifanto ó á Escopelino? ¿Debió, en verdad, á la enseñanza de su madre Mirtis la destreza en versificar que han admirado los siglos? ¿Fueron realmente maestros suyos Simónides y su futura rival Corina? ¿Murió á los cincuenta y seis ó á los ochenta y seis años de edad?

No quiero ni puedo entrar en el fondo de estas cuestiones. A V., querido Marcelino, tan familiarizado con el polvo de las bibliotecas, toca dilucidarlas; y espero ver pronto un estudio, como los que V. acostumbra, sobre el gran poeta que tanto trabajo me ha costado interpretar.

«Píndaro, dice Quintiliano, es el príncipe de los nueve poetas líricos griegos, sobresaliendo por su inspiración, su magnificencia, sus sentencias, sus figuras. Es felicísimo en la riqueza de sus expresiones y la variedad y abundancia de sus asuntos, y se deja llevar, si así puedo expresarme, por un torrente de elocuencia, de tal suerte, que Horacio juzga que nadie es capaz de imitarlo.»

Esta maravilla de la lírica poesía es la que yo he osado manejar con mis indóciles manos, y revestir con el tosco traje español que yo mismo he cortado. Que nadie me tache de temerario. A V. debo el haber acometido la empresa; á V. el haberla llevado á cabo; y á V. puedo aplicar los siguientes versos de nuestro Píndaro (Pítica X) que me servirán de respuesta á los que censuren mi osadía:

Yo de Torace en el amor confío,  
Mi dulce huésped, cuya diestra amiga  
De las Musas me puso en la cuadriga  
Con ardor exigiendo el canto mío,

Creo que ya es tiempo de bajar del brillante carro de las hijas de Apolo, y que no volverá V. á hacerme empuñar sus doradas riendas. A V. y á sus discípulos toca enriquecer nuestra literatura con las versiones de los clásicos griegos de que aun carece. Yo creo haber contribuído ya con un contingente proporcionado á mis fuerzas, traduciendo en verso castellano los Bucólicos, y ahora el Píndaro, que remito á V. y pongo bajo sus auspicios. Reciba V. en prenda de invariable amistad, este volumen, en cuya compañía quisiera de buena gana cruzar los mares y dar á V. un abrazo, quien se repite

Siempre suyo,

IGNACIO MONTES DE OCA.

México, febrero 15 de 1882.

---

## VIDA DE PÍNDARO.

---

Píndaro, príncipe de los poetas líricos, fué Tebano, del pueblo de Cinoscéfalas, entre Tespias y Tebas, en Beocia. Su padre fué Daifanto; otros dicen que Escopelino ó Pagondas: algunos conjeturan que éste último fué su padrastro, y no falta quien llame al segundo su tío. Tuvo por madre y primera preceptora á Mirtis ó Mirto, y nació, poco más ó menos, el año 520 antes de Jesucristo, contando de 37 á 40 cuando la armada de Jerjes fué vencida frente á Salamina. Su principal maestro, no sólo en la poesía, sino en pulsar la lira, fué Laso de Hermione, célebre poeta, autor de famosos ditirambos. Tuvo también por preceptor á Simónides, el lírico más insigne de aquellos tiempos; aunque, si esto es cierto, poco imitó el fogoso discípulo al suave y templado maestro.



Cuentan los antiguos que, siendo aún niño, un enjambre de abejas formó en la boca de Píndaro un panal de dulcísima miel; presagio de su futura preeminencia sobre los poetas líricos de todos los siglos y países. Casó con Megaclea (que otros llaman Timoxena), y tuvo un hijo varón, á quien dió el nombre de su abuelo Daifanto, y dos hijas llamadas Protómaque y Polimetis.

Fué religioso en extremo, y se distinguió por su singular veneración á Rhea, Apolo y Pan, y quiso que la casa de su habitación, en Tebas, se hallase situada junto al templo de la misma Rhea. Su pureza de costumbres, su hospitalidad, patriotismo y mansedumbre, lo hicieron muy popular; y gozó del favor de varios príncipes, especialmente de Alejandro (hijo de Amintas I) de Macedonia, de Gerón de Siracusa, y de otros cuyas hazañas cantó. Venció en un certamen musical á Mirtis, y fué cinco veces vencido en justas poéticas, p'or Corina de Tanagra, que algunos afirman había sido su maestra.

Por haber llamado á Atenas *celebérrima, espléndida, gloriosa, y baluarte de Grecia*, *Διπαρά και ἀοιδίμοι Ἑλλάδος ἔρεισμα κλεινὰ Ἀθήναι*, lo multaron en mil dracmas los Tebanos, entonces en guerra con los Atenienses; pero éstos, al saberlo, le regalaron doble cantidad. Fué el único entre sus conciudadanos que mereció ser admitido á los sacrificios de Apolo, y participar de sus sagrados banquetes; y la sacerdotisa de Delfos le asignó, además, la mitad de las primicias ofrecidas á aquella divinidad. Tuvo una muerte plácida á los 65 ú 85 años de su edad, en una reunión sa-

grada (quizá las fiestas de Juno) en Argos: sus hijas trasladaron á Tebas sus restos mortales.

Los Atenienses le erigieron una estatua de bronce. Cuando los Lacedemonios tomaron á Tebas, respetaron únicamente la casa de Píndaro; y otro tanto hizo más tarde Alejandro el Grande, cuando incendió la misma ciudad.